

# EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

D. H. ROBERTSON

1.—La pregunta cuya contestación busco es la siguiente: ¿Cuál es el futuro del comercio internacional? ¿Volverá otra vez a desempeñar en la vida económica del mundo el mismo papel dominante que en el siglo diecinueve?

Que se me permita formular mi pregunta de otro modo. Vamos examinando dos series de hechos bien conocidos. Desde la guerra y muy en particular desde 1931, la marcha del comercio internacional ha sido estrangulada por la increíble maraña de obstáculos y restricciones que culminan con la sorprendente tentativa de orientación hacia una economía cerrada, con el plan alemán de cuatro años. Sin embargo, en 1929 el volumen del comercio mundial era mayor en un 25% que en 1913, y aun en la depresión de 1932, no llegó a bajar más allá del 75% del nivel de 1929; y ya está otra vez próximo a alcanzar ese nivel. ¿Cuál de estos dos hechos representa la verdadera manera de pensar del mundo para el futuro: la determinación evidente de los Gobiernos orillados por sus propios súbditos (pues de nada sirve echar toda la culpa a aquéllos) de querer ahorcar el comercio internacional, o la terca determinación del comercio de no dejarse ahorcar? ¿Acaso estas dos series de hechos pueden reconciliarse entre sí en función de una tendencia inteligible, hacia un fin aún inseguro pero cuyos frutos sabrán las naciones cosechar algún día?

2.—Perdóneseme si vuelvo a empezar. La defensa de un volumen amplio de comercio internacional reposa en la manera diversa como están dotadas las naciones en cuanto a recursos naturales, material humano y técnico y

equipo adquirido. Cuando estas diferencias son grandes, es una ventaja económica inmediata para todos la de que exista un comercio de gran volumen. El hecho de que Utopia pueda producir trigo, más aún, que pueda producir más trigo por hectárea y por hombre que Ruritania, no es por sí mismo una razón para que no importe trigo de este país, si puede utilizar sus recursos en otros renglones en los que su ventaja sobre Ruritania sea aún mayor. El volumen de un comercio benéfico depende del tamaño de las diferencias entre las ventajas *comparativas* de los distintos países para la producción de varios artículos.

Retrocedamos a la primera década de este siglo, dotémosnos de una previsión económica común y corriente, pero no de una previsión de la guerra y de sus consecuencias, y preguntémosnos cuál parecía ser entonces el futuro y qué cosas imprevistas les tenía guardadas a éstos esas diferencias en la Ventaja Comparativa. Me parece que era bastante claro que tendían ya a hacerse más estrechas. La línea de separación entre graneros y talleres del mundo, para describirlo en pocas palabras, ya no estaba tan netamente delimitada, antes bien comenzaba a hacerse borrosa. En primer lugar, era ya claro que los adelantos en la técnica de la industria mecanizada no podían seguir siendo siempre del exclusivo monopolio de la nación o del grupo de naciones que habían sabido aprovecharla primero. En segundo lugar, la electricidad ya prometía liberar a las fábricas del yugo del carbón y señalaba ya al mismo tiempo hacia una localización de la industria manufacturera distinta y menos intensa. En tercer lugar, para examinar este punto bajo todos sus aspectos, la explotación de los suelos vírgenes en los países nuevos parecía haber ya llegado a su límite y la agricultura se topaba, allí también, con su viejo enemigo, la ley de rendimientos decre-

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

cientes. En esta forma, como perspectiva a largo plazo se vislumbraba ya un mundo en el que el cambio internacional de mercancías tendría que desempeñar un papel menor en relación con la producción total y se llevaría a cabo en condiciones cada vez más desventajosas para las poblaciones industriales progresistas de la Europa occidental.

3.—Y ahora, impongámonos un gran esfuerzo de imaginación y figurémosnos que de veras estamos viviendo en 1937, pero en un mundo en el que no haya habido guerra. ¿Acaso las fuerzas cuya descripción hicimos, en plena obra hace treinta años, han logrado los resultados que se esperaban y han reducido las ventajas de la especialización internacional, o bien en alguna forma se ha conseguido modificarlas? ¿Ha surgido alguna fuerza nueva?

No cabe duda alguna por lo que se refiere a las dos primeras fuerzas. La difusión del capital industrial y de la técnica en el mismo ramo han avanzado mucho más rápidamente de lo que la mayoría de la gente hubiera podido pronosticar. De manera muy especial se ha hecho evidente que los procedimientos mucho más sencillos empleados en la industria textil permiten a cualquier pueblo en cualquiera parte del mundo emplearlos con una eficiencia casi igual. Las máquinas de petróleo y las plantas hidroeléctricas han seguido su ofensiva a fondo en contra de la dominación del carbón. La disminución de las diferencias en la ventaja comparativa ha seguido su curso normal desde este punto de vista.

4.—Pero la conclusión no es tan clara si examinamos el reverso. Han de tomarse en consideración tres factores de gran alcance cuyo efecto neto no se ve cómo ha de obrar. El primero y más obvio de todos son los progresos sorprendentes de la ciencia en el terreno de la agricultura, que caen en dos grupos principales: la mecanización de las operaciones agrícolas y el mejoramiento de las razas

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

animales y especies vegetales; no tengo ni los conocimientos ni el tiempo suficiente para poder examinarlos en detalle. Su efecto más espectacular ha sido el de abaratar los costos de los productos agrícolas en función de las condiciones de productos industriales, de manera que una de las tendencias que pensábamos funcionaba hace treinta años —la tendencia a que las condiciones se hicieran desfavorables a los países manufactureros— se ha revertido en forma por demás dramática. Si volvemos por un instante al mundo verdadero (pues no nos atrevemos a inventar cifras para el mundo hipotético sin guerra que nos comprometimos a explorar), en 1931 el precio de las importaciones inglesas medido por sus exportaciones fué un 30% y todavía ahora es un 20% menor que en 1913\*. Pero para el fin de nuestro problema principal, lo que deseamos saber no es en qué proporción el progreso científico ha abaratado los productos de la tierra, sino si ha aumentado o disminuído las ventajas económicas de la especialización internacional. A primera vista no hay lugar a duda en cuanto a la contestación que debe darse, a pesar de algunas corrientes contrarias y confusas. El tractor y la trilladora-engavilladora inclinan la balanza hacia la factoría de trigo de las praderas espaciosas y no hacia el campo fragmentado del Viejo Mundo. El experto mendeliano en plantas aplica sus mejores dones en las regiones frías y lejanas del norte, o en los desiertos secos en vez de las tierras ricas de las zonas templadas. Y la ciencia, por lo general, parece estar aún del lado de la especialización regional y del comercio a larga distancia, no sólo en el campo de la producción de materias primas sino también en lo que

\* Es cierto que estas cifras no sólo reflejan el movimiento relativo de *costos* en la agricultura y la industria, sino también el cambio relativo en la habilidad de controlar la producción por métodos de monopolio.

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

se refiere a su transporte. El hombre ha aprendido a controlar la temperatura y, por lo tanto, también las buenas hadas que maduran y los demonios que pudren; la carne congelada puede por fin viajar con toda seguridad desde las Antípodas y las frutas más delicadas surgen en nuestros escaparates en las estaciones que les son menos propicias.

Es cierto también que nada en este mundo tiene un resultado unilateral; y la invención científica, que puede otorgar en esta forma su bendición a determinado productor, puede también, de repente, voltearse y pegarle en la cara. En el mundo sin guerra en el que aún nos movemos imaginariamente, nos podemos olvidar del hule de Buna, pero difícilmente podemos ignorar los fertilizantes sintéticos y la seda artificial. El aire y la madera están repartidos más ampliamente en el globo que los depósitos de nitratos o que las fibras anuales, en la misma forma en que el agua está mucho más difundida que el carbón; a voluntad de la ciencia, Chile ayer, Texas o Bengala mañana, pueden despertar y encontrar que su manera de ganarse la vida se ha evaporado.

5.—Además, y éste es el segundo de los factores de gran alcance al que hicimos alusión hace unos minutos, hay una nube que se cierne amenazante sobre los pueblos de los países nuevos, o por lo menos sobre algunos de ellos, cuya presencia apenas si vislumbraban hace treinta años. Se dan cuenta cada vez más y más que su vasto sistema de especialización del siglo pasado era hasta cierto punto un sistema anticientífico, basado en una explotación desenfrenada de la tierra, en una ignorancia natural pero desastrosa del mal comportamiento cíclico del sol y de las nubes, en un sacrificio imprevisor del árbol perezoso a la cosecha que hoy se encuentra aquí y mañana ya se fué. Detrás de los planes de restricción del Secretario Wallace

y de los malabarismos financieros de Mr. Aberhart se levanta el enorme espectro del *Dust-Bowl*.

Naturalmente, la misma acusación de vivir del capital se ha echado en cara últimamente a las especializaciones que se basan en la explotación de la riqueza mineral, aunque más tarde la paloma en volver al palomar y hace bien el Sud-Africano en preguntarse de vez en cuando ¿cuánto tiempo más durará este estado de cosas? Pero aunque se dilate o apesure, he aquí un factor parecido a la difusión de la habilidad técnica en las manufacturas, pero disímil, por regla general, al factor del mejoramiento agrícola, que tiende a limitar la ventaja de la especialización internacional y el aumento del comercio internacional.

6.—Es así que la situación se presenta ya bastante compleja y confusa aun para el pacífico 1937 de nuestra imaginación. Pero quizás podamos decir, en resumen, con lo que ya hemos examinado, que haciendo el balance de las tendencias que notamos hace treinta años y que limitaban el comercio con países lejanos, éstas han sido penadas con moderación. Es cierto que los pueblos de ultramar se han vuelto más hábiles; pero también han aumentado su habilidad para hacer producir la tierra: de tal manera que si la diferencia en la Ventaja Comparativa se ha estrechado por un lado, también se ha agrandado por otro.

¿Qué, eliminando todavía la guerra y la mentalidad que de ella resulta, hemos logrado pintar un cuadro que aunque esquemático es lo más completo posible, o acaso hemos dejado fuera algo de importancia vital? Efectivamente, me temo que la contestación sea la de que, haciendo totalmente a un lado la guerra o los rumores de guerra, sí hemos dejado fuera algo de gran importancia, el tercero de los factores de gran alcance que mencioné hace unos minutos. Y cuando tratamos de introducirlo, el cuadro

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL.

se vuelve aún más complejo; y me parece que el equilibrio todo de nuestro razonamiento cambia.

Las especializaciones del siglo XIX no constituyeron únicamente un sistema destinado a explotar el trabajo de un determinado número de seres humanos para obtener un rendimiento máximo; fueron sobre todo un instrumento de *crecimiento*. Su efecto más espectacular fué el de tener a raya el diablo que Malthus había desencadenado, de tal manera que en la misma forma que la Reina Roja era cinco veces más rica que Alice y cinco veces más lista, los habitantes de estas islas en la década anterior a la guerra lograban ser, de acuerdo con esta manera poco seria de calcular, aunque muy a menudo citada, cuatro veces más ricos que sus antepasados, cien años antes que ellos, y cuatro veces más numerosos. Y justo cuando estábamos tratando de averiguar si el demonio de la sobrepoblación podría mantenerse a raya todavía por algún tiempo, nos volteamos y, con gran sorpresa, resulta que ha desaparecido. Pero ha dejado tras de sí un curioso olor y no estamos muy seguros si huele a rosas o a azufre. En lo que se refiere al futuro del comercio internacional, hay en la actualidad una tendencia fuerte entre personas de criterio, a creer que el predominante es el olor a azufre.

Es muy importante averiguar lo que estas personas de criterio dicen, aun cuando siempre resulte fácil. Vamos a tratar de dar un contorno definido a este problema, suponiendo que las poblaciones del mundo entero, por lo menos fuera de la Rusia soviética y el Asia Oriental, permanecen en *status quo* en los años venideros y que permanecen en esta forma durante algo así como los 50 años próximos. Naturalmente, no podemos esperar que tanto la producción mundial como el comercio mundial crezcan tan rápidamente como sucedería si su población cre-

ciera también; la producción podría aumentar, por ejemplo, con un promedio anual de un dos por ciento en vez de tres. Pero, ¿acaso hay razón para suponer que, dadas estas circunstancias, el comercio crecerá más despacio que la producción mundial, y posiblemente aún dejará de crecer del todo?

Sí, dicen las personas de criterio que perciben el olor a azufre, sí hay razones para ello. A medida que la gente se enriquece, emplea sus ingresos menos en adquirir alimentos de cualquier especie que sean, y menos aún los más sencillos y baratos. Ahora bien, mientras las poblaciones industriales aumentaban rápidamente, se podía contar con un mercado creciente para los productos alimenticios más sencillos. Cualquier cosa que abaratara el costo de producción en los países de ultramar venía a ser una bendición inequívoca para la población agrícola; hasta los precios a la baja permitían mayores beneficios y una demanda de brazos siempre en aumento en los campos. Pero ya no resulta cierto que un aumento en la producción mundial tiene que absorberse por completo bajo la forma de un consumo mayor *per capita*. La trilladora-segadora, el tractor y las investigaciones que dieron por resultado el trigo "Marquis" y P. O. J. 2878 han llegado demasiado tarde para la clase rural de los países de allende el mar, pues traen consigo no sólo costos reducidos, sino también mercados abarrotados y el problema formidable para la población agrícola de las tierras de ultramar de cambiar de ocupación. Y aun suponiendo que dicho problema pudiera resolverse rápidamente y sin fricciones, cosa que dudamos, es lógico que su solución cerraría más que abriría las diferencias de la Ventaja Comparativa y, por lo tanto, limitaría el campo del intercambio internacional.

7.—He ahí, dicen las personas de criterio, una razón primordial por la cual el proceso de reajuste deberá con-



## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

ducir a una declinación relativa del comercio internacional. La Gran Especialización del siglo XIX no fué únicamente un intercambio de productos agrícolas por productos industriales. Siguiendo la idea de Hartley Withers, podemos imaginarlo mejor como un intercambio de bienes capitales por pedazos de papel llamados valores, a los que siguieron después otros pedazos de papel llamados cupones de intereses a cambio de productos agrícolas. Así el volumen del comercio pudo sostenerse en un alto nivel por dos hechos en relación estrecha entre sí: el primero, el de que en los países nuevos había una fuerte demanda por cierta clase de productos, digamos, por ejemplo, de rieles y vigas de acero y los países más viejos podían satisfacer perfectamente el pedido; y el segundo, el hecho de que los países viejos no exigieron el pago inmediato de esta mercancía, sino que estuvieron anuentes en venderla a crédito, de tal manera que el volumen del comercio resultaba mayor de lo que hubiera sido de haberse contentado con las oportunidades de trueque simultáneo.

El proceso de inversión en el extranjero, según reza el argumento citado, estaba ligado más al crecimiento de la población que al de la producción. No es de suponerse que si una población estacionaria elige una forma determinada para elevar su patrón de vida, no es probable que implique la misma construcción turbulenta de vías férreas, puertos y puentes en tierras lejanas, como lo hizo el clamor que surgió en el último siglo entre los millones que crecían en las ciudades industriales, pidiendo pan y camisas. Por lo tanto, tres son las consecuencias a que llegamos, y todas ellas dañan al volumen del comercio internacional. En primer lugar, las importaciones de los países de ultramar tenderán a limitarse a lo que puedan pagar con su propia producción. En segundo, su demanda se

alejara de aquellos renglones en los que la diferencia de la Ventaja Comparativa entre agricultura e industria es más grande, porque, después de todo, hay razones más poderosas para que el acero se forje en Sheffield, que para que se hile el algodón en Oldham o se cuezan vacijas en Shafordshire. Y finalmente, en tercer lugar, en cuanto los países de ultramar aún desean empréstitos e importar capitales, tratarán de pagar los intereses no aumentando sus exportaciones, sino restringiendo sus importaciones, método del todo satisfactorio para el acreedor extranjero, que lo único que pide es recibir su dinero, pero que está muy lejos de serlo para aquellos cuya vida está del todo ligada a los procesos del comercio internacional.

A mí me parece que actualmente hay una tendencia demasiado marcada a querer oler a azufre en vez de rosas como rastro que dejó al desaparecer el diablo de la sobrepoblación. Creo que podemos hacer predominar a las rosas si así lo deseamos. Pero por lo que se refiere al problema inmediato que estamos tratando, o sea la respuesta probable del volumen del comercio internacional en los próximos cincuenta años, creo que hay mucho en favor de las razones que he intentando exponer y que prácticamente eliminan a las demás, sobre las cuales hice hincapié en un principio: siendo que el progreso de las mejoras en materia agrícola han reducido los costos de producción, en los países jóvenes más que en los viejos, y basándome en ello me inclinaba hacia una especialización internacional aún más intensa.

8.—Amplíemos el radio de nuestra encuesta haciendo otra pregunta. Aceptando que tengamos que aprender a acomodarnos de manera permanente a un volumen de comercio internacional relativamente más pequeño, ¿será necesario que tengamos también que aprender a acomodarnos en esa forma a una política comercial de mayor

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

restricción a través del mundo? ¿O será que el enredo de restriccionismo en el que vivimos no es el resultado de fuerzas económicas profundas que hasta ahora hemos analizado, sino de los factores que deliberadamente hemos estado olvidando: la guerra y sus consecuencias?

Creo que no se percibe a primera vista la conexión lógica entre *encogimiento* y *restricción* del comercio. El solo hecho de que el saldo de ventaja se incline del lado de un volumen de comercio internacional relativamente más pequeño que en el pasado, no es por sí mismo un motivo para tomar medidas que reduzcan aún más ese volumen, en provecho de grupos determinados de productores, ni tampoco una razón para intentar sostener un volumen que por su tamaño sea anti-económico, en beneficio de los dueños de barcos o astilleros. Es muy divertido para el Proteccionista pillar al Libre-Cambista, como a veces sucede, adoptando posturas de defensor de intereses creados y del *status quo*, regando sobre los barcos abandonados y oficinas cerradas de corredores de letras, esas lágrimas que condenaría como debilidad indigna de un hombre, si se virtieran sobre campos de trigo derelictos o fábricas de algodón ociosas. Pero el poder gritar *Tu quoque* no implica pruebas. ¿Por qué el hecho de que se afirme que se ha estrechado el campo para transacciones ventajosas entre naciones tiene que ser razón poderosa para que se coloquen más y más obstáculos frente a las transacciones que aún son favorables? ¿Qué no es más bien una razón para barrer con todos los obstáculos que existen?

Puede expresarse en los siguientes términos algo parecido a una contestación racional a esta pregunta. Si se desvanece la diferencia de la Ventaja Comparativa, no sólo disminuirá el volumen del comercio favorable con el extranjero, sino que tenderá a crear un estado de cosas en el que un volumen relativamente grande de comercio ex-

terior quedará temblando sobre un margen de beneficios, corriendo el riesgo de caer de un lado o del otro del margen, de acuerdo con la dirección en que sople el viento de las circunstancias. Si, después de haber estado por algún tiempo fuera de él, se encuentra de repente dentro del mismo, sólo causará un gran desbarajuste y molestias a aquellos que han hecho sus planes contando con que quedaría fuera; y, al mismo tiempo, los beneficios que reciba la comunidad vendrán a ser, en total, bastante reducidos. Para poner un ejemplo exagerado, supongamos que el cambio de hielo por carbón entre Polianorte e Infernia no sólo deje amplios beneficios a los consumidores, sino que tenga todas las probabilidades de permanecer estable, puesto que se necesitaría un cambio radical en las condiciones climatéricas para efectuarlo. Pero el intercambio de camisas negras por rojas entre Fascia y Bolshchevia tiene todos los aspectos de subir y bajar de la manera más confusa, a causa de cambios técnicos ligerísimos; si se eliminaran por completo, se podría fomentar un resurgimiento de la seguridad a los camiseros de ambos países, a un costo ínfimo para los consumidores de camisas, si se le compara con las sumas con las que ya se les multa para ganancia de los fondos de sus respectivos grupos.

Es muy difícil decidir en cada caso particular el peso que hay que conceder a este razonamiento. No debemos pasar por alto el hecho de que la especialización por parte de diferentes países, aun en lo que al profano parezca como ramas casi iguales de una misma industria, puede reportar ventajas debido a las economías en la producción en gran escala y puede tener una vida estable durante décadas. Pero sí creo que podemos estar seguros de que habrá que concederle peso a este argumento de la estabilidad, cada vez que parezca plausible hacerlo. Y por lo tanto podemos afirmar, como un hecho, digamos, de

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

historia natural, que un determinado encogimiento del comercio mundial debido a que se esfuma la diferencia en la Ventaja Comparativa, tiene muchas probabilidades de encontrarse unido a otro encogimiento, debido a la política que se siga, puesto que ambos tienden a empeorar los males de la falta de estabilidad y seguridad y a bajar el verdadero costo a la comunidad que trate de mitigarlos.

9.—La conexión con un aumento en las restricciones parece ser de otra especie hasta el punto en que el posible encogimiento del comercio mundial se deba a la revolución agrícola y la huída del diablo malthusiano. Pues, como lo hemos visto, la revolución agrícola no ha disminuído la ventaja relativa de los países ultramarinos en la producción de materias alimenticias; más bien la ha aumentado. Para las poblaciones urbanas, el costo del proteccionismo agrícola con relación a los beneficios que ahora están ya a su alcance, pero que forza a abandonar, no es menor sino mayor que antes. Pero no se dan bien cuenta de ello porque han recibido los beneficios absolutos de la revolución agrícola; y resulta posible políticamente, en varios países, y, hasta cierto punto, obtener de estas poblaciones urbanas los sacrificios necesarios para otorgar a las agrícolas una protección contra esa inestabilidad en su manera de vivir que resulta de la tendencia renovada de extender al mundo entero la sobreproducción agrícola. En verdad resulta factible a algunos países ir más allá y tener en jaque esa migración de su suelo que prescriben la revolución agrícola y la huída del demonio malthusiano. Y así llega a ser posible el recrearse hasta cierto punto en esos instintos anti-económicos, en parte militares, en parte sociales, en parte estéticos,\* en parte apa-

\* Mi política agrícola ideal otorgaría un subsidio para la producción de trigo sujeto a la condición de que se plantara en medio de él una gran porción de amapolas.

rentemente sólo místicos, que nos enseñan a todos en mayor o menor grado, que un país cuya agricultura es "demasiado pequeña" (sea cual fuere el sentido de esa expresión) es un país inadecuado para vivir en él.

10.—Una vez más el objeto primordial de mi encuesta no se refiere hasta qué punto se justifican esas orientaciones de la política, sino hasta dónde, en todo caso, deberían considerarse como un coproducto de un cambio económico fundamental, como algo distinto de la causa de la guerra y de la atmósfera de la guerra. Es algo que me parece muy difícil de determinar. No se puede tocar con el dedo tal derecho, tal cuota, tal parte del control de cambios y decir que el uno se debe al alto en el crecimiento de la población, el segundo a irregularidades monetarias y el tercero a ambición política o precauciones militares. Como lo demuestra claramente el arancel británico, las razones con las que se defiende una medida no siempre tienen una relación estrecha con la causa que las llegó a imponer; y los motivos por los que sigue en vigor pueden diferir en mucho tanto de los verdaderos motivos como de los confesados al implantarse originalmente. Pero con el objeto de aclarar las perspectivas del futuro, puede ser útil tratar de distinguir tres fases en la orgía ascendente de restricciones en la que se complace el mundo desde el final de la Gran Guerra. La primera, que toma sobre todo la forma anticuada de tarifas de protección, puede decirse que surgió directamente de la guerra, pues su principal fuerza fué en numerosos países, la ambición de determinadas industrias de perpetuar al término del bloqueo y el submarino, la protección natural de que habían gozado durante la guerra. Sir Arthur Salter ha descrito con mucha nitidez cómo la gran dificultad para iniciar el ataque contra del sistema de tarifas "engorrosas, complejas y provocantes", surgido en la segun-

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

da década del siglo, no radicaba en un "verdadero conflicto entre intereses nacionales o políticas divergentes", sino en el hecho de que "no había políticas nacionales genuinas concebidas como un todo, sino tan sólo una serie de sistemas nacionales improvisados bajo la presión".\* Creo que sería difícil alegar que este sistema, por lo menos tal y como se desarrolló, representó una tentativa real o racional del mundo, para ajustarse a cambios a largo plazo en condiciones de las relaciones económicas internacionales.

La segunda ola de restricciones se extendió mucho más allá de la protección de las tarifas y llegó hasta la intrincada selva de la regulación cuantitativa de las importaciones y el control del intercambio; y de manera natural fué identificada con la precipitación que hubo para buscar refugio de la depresión económica de 1929 y la crisis financiera de 1931. En el caso particular de cada país, el objeto ostensible y primordial de la intensificación de las restricciones fué la protección de su balanza de pagos, puesta en peligro, según el caso, por el derrumbe del mercado para sus exportaciones, por la suspensión de los préstamos a largo plazo sobre cuya continuidad había edificado su vida económica, por haberse llenado su mercado con importaciones producto de un *dumping*, por el retiro de préstamos a corto plazo que incautamente habían llegado a formar parte integrante de su sistema monetario, o por alguna combinación de cualquiera de estas desgracias. Ahora bien, como en cada país esta ola de restricciones había tenido su origen inmediato en una crisis de la moneda y los cambios, ha habido una tendencia a esperar que se reabsorbería tan pronto como de un modo o de otro cada país pusiera orden en su moneda y cambios propios; por eso el "Ratón Monetario Tripartita" de oc-

\* *El comercio mundial y su futuro*, p. 39.

## EL TRIMESTRE ECONOMICO

tubre de 1936 fué ruidosamente aclamado como un regreso a lo que parece ser, después de un examen retrospectivo, el liberalismo económico de 1929. Este punto de vista resultó ser demasiado optimista; pues, haciendo a un lado las dificultades especiales de los franceses y la incertidumbre del horizonte político, de que trataré en seguida, la verdad me parece ser que en lo que es posible distinguirlas, las condiciones posteriores a 1929, justificadas o no, tuvieron una naturaleza más genuina de reacción a un cambio antiguo en las condiciones ya existentes, que la edificación en secreto de las tarifas en los mil novecientos veintes, pues fué durante la crisis de 1929-1933 cuando el mundo despertó por primera vez a los viejos problemas creados por la revolución agrícola y lo precario de todo el sistema de préstamos al extranjero. Aun no tienen solución estos problemas, sea cual fuere el grado de recuperación que se haya logrado desde entonces; y que las restricciones posteriores a 1929 se nieguen a desaparecer es, por lo tanto, menos sorprendente, si no menos molesto que lo que a veces se pretende.

Me parece que debemos seguir una pista distinta en la tercera y última era de la política restrictiva. Pues aunque en un sentido determinado data de la caída del dólar y el fracaso de la Conferencia Económica Mundial de 1933 y, por lo tanto, representa una intensificación de las políticas de crisis de 1929-1931, en otro mucho más profundo, como se ha hecho notar recientemente,\* es más instructivo relacionarla con dos acontecimientos ligeramente anteriores, la ocupación de Manchukúo por el Japón y la inauguración del Sistema de Ottawa, de comercio imperial. Cada uno de estos acontecimientos, por más que difieran entre sí por sus características propias, representaban el uso deliberado del poder político para ob-

\* *PEP Report on International Trade*, p. 223.



## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

tener ventajas económicas exclusivas y, a su vez, simbolizaban el sacrificio del bienestar económico a la consolidación del poder político. Con la clausura de Alemania por su rearme y reparación, con el colapso del sistema mundial de paz frente a la agresión, con la exhibición de la inconveniencia que podían causar las sanciones económicas, aun puestas en práctica a medias, con el rearme tardío del Imperio Británico, la Economía de Crisis ha tendido insensiblemente a confundirse con la Economía de Guerra. Y en la Economía de Guerra las sutilezas de la Ventaja Comparativa no tienen cabida. "A" deberá cultivar, no lo que esté en mejor aptitud de cultivar, sino lo que le economizará mayor tonelaje en sus barcos. "B" deberá manufacturar, no lo que pueda manufacturar mejor, sino lo que se pueda hacer más fácilmente del aserrín y el barro locales.

Para nuestra confusión, este florecimiento del nacionalismo económico se ha visto acompañado de una sorprendente expansión del comercio mundial y aun de una ligera tendencia hacia un relajamiento de determinadas restricciones comerciales. Pero no dejemos que estos hechos nos levanten demasiado el ánimo. Pues, en primer lugar, el alza en precios de las materias primas sobre el cual se basa principalmente la recuperación del comercio, ha aumentado la presión económica sobre las Potencias hambrientas y reforzado sus motivos para lograr bastarse a sí mismas. Y en segundo lugar, una provisión gubernamental de metales mortíferos, no es una cimentación sobre la cual deben edificarse nuestras esperanzas de un comercio más libre.

11.—Ahora sí creo que hemos tomado en consideración, aunque sumariamente, todos los elementos de nuestra exposición. ¿Qué clase de cuadro obtenemos? Me temo que no sea ni muy claro ni muy alegre. Pero sí me

parece que lo sea de un mundo en el que determinado volumen de comercio internacional, relativamente disminuído si se compara con los días anteriores a la guerra y también a la crisis, seguirá siendo dirigido por mecanismos cada vez más engorrosos, frente a obstáculos cada vez más difíciles de superar que los que entonces prevalecían. Hasta cierto punto, sea cual fuere el apaciguante político que se obtenga, estas reglas restrictivas seguirán estando sujetas a la Economía de Guerra. Pero, en cierto grado, se basarán en conceptos de ventaja nacional, expresados en términos como "estabilidad" o "equilibrio", que no serían ininteligibles o indignos aun en un mundo en el que se ha asegurado la paz. Sin embargo, son tan vagos dichos conceptos y tan difíciles de calcular son las ventajas proclamadas, que habrá un peligro constante de que el sistema entero degenera hacia una lucha de grupos interesados, así como serán menester una iniciativa y una determinación constantes para prevenir que el volumen del comercio internacional no se vea restringido más allá de lo necesario y razonable.

¿Qué actitud debe asumir un hombre sabio que desee conservar sus pies sobre la tierra en tales circunstancias? Eso es lo que yo deseo saber. Por mi parte, lo único que puedo hacer es transmitir, expresándolas a mi manera, las palabras de personas más competentes que yo: me refiero muy en especial a Sir Arthur Salter y a los autores anónimos de la excelente obra *PEP Report on International Trade*, de los cuales he tomado ya bastante en el curso de esta exposición. Propongo, para terminar, que se me permita asentar, sin discusión, seis proposiciones que sirvan de esqueleto a este debate.

(1) Deberíamos hacer todo lo posible para agrandar y aprovechar las diferencias en la Ventaja Comparativa que aún quedan. La gran dicotomía entre agricultura y

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

manufactura no es un argumento concluyente; hay agricultura y agricultura e industria e industria. En la agricultura la amenaza disolvente de la guerra obstruye probablemente de una manera fatal la explotación a toda capacidad de una especialización económicamente natural, como, por ejemplo: bienes durables de las praderas, bienes perecederos de la huerta casera; más cercanos; pero estando sujetos a su amenaza, hacemos lo que podemos. En lo que se refiere a la industria, aun hay campo para la especialización entre lo sencillo y lo complejo, lo de buena y mala calidad, los artículos de consumo y las máquinas que los elaboran. Si como dicen los expertos del *PEP*, las industrias manufactureras en el continente se encuentran respaldadas activamente por industriales del Reino Unido, quienes las ayudan en su crecimiento y expansión según planes firmes y seguros, la inevitable disminución en la exportación de mercancías que compiten directamente, irá acompañada con una exportación cada vez mayor de capitales y otros artículos especializados. ¿Qué tanto habrá en esta idea?

Pero me parece que los acontecimientos demostrarán que tarde o temprano tendremos que ir más allá y reconsiderar hasta cierto punto esa supresión completa de artículos manufacturados en Europa, que constituyó, junto con la depreciación de la moneda inglesa, nuestra mayor contribución a la pobreza general de 1931. Los sabihondos que se burlan del comercio trifásico no han apreciado en toda su extensión el problema de la agricultura mundial. Por razones sobre las que ya hemos insistido, no podemos compensar a los productores de materias primas de ultramar por la pérdida de las ventas europeas que les dejaban libras esterlinas que ya no pueden obtener porque los industriales europeos se encuentran bloqueados

por nuestras tarifas, que les impiden ganarlas con la venta de su mercancía en nuestro mercado.

(2) Aunque menos agudos que antes, los complejos nacionales con respecto a la balanza de pagos aun existen tanto entre acreedores como entre deudores; no son del todo irracionales y, por lo tanto, hay que tomarlos en consideración. En esta forma nos tendremos que contentar por algún tiempo con ver que las inversiones extranjeras tomen el aspecto de exportación de maquinaria y similares, financiados por créditos de duración limitada a unos años, en vez del préstamo antiguo: a largo plazo y continuo; aunque las oportunidades para este último pueden algún día volverse a presentar. En otro campo distinto, he aquí una sugestión interesante del fértil *PEP*. Antaño, señalán, no se dejaba tan completamente a la providencia, como se nos ha enseñado a creer, el equilibrar las importaciones con las exportaciones. Los comerciantes que vendían productos ingleses en el extranjero frecuentemente hacían un comercio de doble filo, facilitando un mercado para los artículos de sus clientes. Esto es algo que la gran firma industrial que ha aprendido a ignorar los servicios del comerciante, deja de hacer; y las oportunidades para el comercio se encuentran restringidas en proporción. Hay lugar, sugiere *PEP*, para un nuevo tipo de compañía comercial que llene ese vacío.

(3) Debemos agradecer pequeñas *mercedes*. Los acuerdos bilaterales valen más que cero y también puede decirse lo mismo de los despreciados *clearings* de cambios, tan abundantes en el Continente Europeo. Convendría mejor aún la existencia de grupos para la mutua expansión del comercio. Nuestra insistencia inflexible en que se sostengan nuestros derechos de la nación más favorecida impide su formación; y hasta es una impertinencia en vista del sistema de Ottawa.

## EL FUTURO DEL COMERCIO INTERNACIONAL

(4) A la luz de lo que ya se conoce con respecto a la alimentación del pueblo, no se puede tolerar que se siga hablando siempre, en la misma forma en que lo he verificado haciendo, de que hay demasiadas materias alimenticias en el mundo, aunque a veces sí puede ocurrir que haya superabundancia de determinadas clases. El informe reciente del Comité de la Sociedad de las Naciones sobre Alimentación ha ilustrado de manera sorprendente cómo, aun en los países más ricos y en sus años de mayor prosperidad, la dieta de gran parte del pueblo está por debajo de lo razonable. Si se necesita aumentar los impuestos directos para implantar una reglamentación de la alimentación, que recoja los frutos de los conocimientos modernos sobre nutrición y, al mismo tiempo, intente reconciliar las reclamaciones en conflicto de Wiltshire, Nueva Zelanda y Argentina, tarde o temprano habrá que hacerlo.

(5) Un hecho aislado, pero de gran significación. Es nuestro deber contribuir al apaciguamiento político, reformando la regla de parcialidad tendenciosa a favor de las mercancías británicas en el Imperio Colonial, regla que ha tenido bases económicas diversas, moralidad baja y una diplomacia chocante, aunque decirlo no compete a un economista. Las recientes tentativas de la política del Gobierno en ese sentido son de apreciarse, aunque no parece que la religión de Lancashire le permita ir muy lejos.

(6) Relajar el control de importaciones en épocas de prosperidad y restringirlo en tiempo de crisis no es una mala idea, pero lo malo está en que también se le puede ocurrir a otros países y eso no deja de aguar la fiesta. No cabe duda de que una política comercial no es suficiente. Mientras no podamos trabajar para lograr un control internacional de los movimientos cíclicos del comercio, tarde o temprano tendremos que acabar en el arroyo, jugando a quién es más pobre. Pero ése es otro cuento.

